

ésta sea una alegría dulce y respetuosa, una alegría de buena ley, y que no pueda ofender á la inocencia ni á las buenas costumbres.

Después de la cuestion de la calidad de los convidados, no debe olvidarse la de los puestos que debe ocupar cada uno de ellos. Este detalle tal vez os parezca, hermanos míos, algo inconveniente en mis labios y poco digno de esta cátedra; pero me exusaré si recordais que Nuestro Señor consideró este punto digno de su enseñanza. No pretendo conocer el arte difícil de ordenar un banquete, ni las reglas que deben tenerse presentes en la colocacion de los convidados, donde el uso y la etiqueta representan un gran papel; mas no temo decir, que aun tomando en consideracion las susceptibilidades, las relaciones y las preferencias que deben guardarse, si alguna distincion hay que hacer, hágase en favor de la ancianidad y de los cabellos blancos; si hay que tributar honor, este de derecho corresponde al sacerdote, al hombre del Evangelio; y si fuese indispensable alguna atencion delicada, ésta debe recaer á favor de la desgracia y del infortunio. Claro está que no hablo aquí de esas comidas políticas ó diplomáticas, donde la cuestion de preferencias han sido más de una vez causa de trastornos y hasta de guerras; hablo de las comidas más modestas y ménos tumultuosas que las familias se dan reciprocamente en espíritu de conciliacion y de amistad.

Concluyo, hermanos míos, con algunas palabras acerca de la conversacion, que es uno de los más poderosos resortes de la sociabilidad humana, el principal elemento de toda sociedad y el sazamiento necesario de todas las reuniones, que sin ella languidecerian. Suprimid la conversacion y la sociedad quedará transformada en un sepulcro; devolvedle, por el contrario, la palabra fácil, discreta y prudente, y le devolvereis la vida y el movimiento. La conversacion pues, es en sí misma el excelente y sabroso condimento en una comida de amigos. Pero debe ser sóbria, y sobre todo caritativa. Si el genio de la conversacion no se divorcia nunca de la verdad y de la caridad, nuestras reuniones, nuestras fiestas de familia serán amables, dulces y apetecidas, y disfrutaremos de las verdaderas y puras expansiones de corazones unidos segun el Evangelio.

Deténgome aquí, hermanos míos, pues creo haber explicado la naturaleza de nuestras relaciones sociales, sus móviles, y su objeto; si las ordenais conforme á las reglas que os he trazado, ellas serán suaves, útiles y santas. Se dice con frecuencia: ¡Dichosos los ricos y festejados en el mundo! yo os digo: ¡Dichosos los justos y que aman á Dios! ellos serán honrados y bendecidos por sus deudos y amigos; sus fiestas domésticas serán las del honor y de la virtud: distraccio-

nes, goces, expansiones, todo respirará amable regocijo, todo será conforme á la virtud; y despues de haber gozado en este mundo de las santas emociones y castas afecciones de la familia y de la amistad, irán á ocupar un puesto en el festin de los escogidos por el Cordero, para bendecirle por toda la eternidad. Amen.

## RELIGION

(LA)

ES NECESARIA AL ESPÍRITU.

I.

*Contritio et infelicitas in vitiis eorum,  
et clam pœnitentia non cognoverunt.  
No hay sino tristeza y afliccion en sus  
camminos: nunca conocieron el sendero de  
la paz.*

(SALM. XIII, 3.)

Entre las cuestiones importantes que cansan y aún abruman la inteligencia del hombre, ninguna hay que no tenga por objeto su descanso, su dicha, su felicidad. Nadie hay que no ande con el mayor anhelo en busca de la paz del espíritu, del sosiego del corazón, como haciendo consistir en ello su último fin, su bien primero. Cada cual se agita, y se mueve en un sentido diferente y por diversos caminos; pero todos, todos para arribar al mismo término.

El descanso del espíritu, la paz del corazón son el objeto ardientemente deseado por todos los hombres que piensan, son el mayor de todos los bienes, y el que nos hace considerar todos los demás como placenteros y aceptables. ¿Qué son, efectivamente, todos los goces humanos sin la paz del alma? Poco hace que lo exterior sea hermoso, que cierto brillo, cierta apariencia de felicidad se nos venga á las manos, si una pasión desconocida, si una turbación interior, si una secreta, íntima desgracia derrama sobre nuestra alma y corazón hieles y amarguras: sería á lo más un fruto hermoso á los ojos, pero que

está corrompiendo un gusano escondido. No es siempre dichoso quien más lo parece.

Y ved, señores, porque olvidándose de Dios, de la Religión, de la verdad católica para dejarse extraviar en los muertos conceptos de su espíritu, en las agitaciones del corazón, exclama el hombre: «Paz! paz!» mas no es para él la paz: *Dixerunt impii: pax, pax; et non erat pax.* Y es porque no hay sino un solo medio para nosotros de llegar á alcanzar esta paz del alma: la Religión, necesaria al espíritu, necesaria al corazón. Fuera de ella, solo hay para el hombre, perturbacion, inquietud, sinsabores, tristeza y adicción de espíritu: *Contritio et infelicitas in viis eorum.*

Dos verdades que formarán el asunto de dos pláticas; en la primera, que es la presente, me propongo mostraros la necesidad de la Religión con relacion al espíritu del hombre. A. M.

1. La religion es necesaria á nuestro espíritu, porque sola ella posee la explicacion de nuestra naturaleza, la razon de nuestra existencia, la expresion definitiva que resuelve el problema de la humana destinacion. No hay un solo hombre, por más pobre que lo haya constituido su nacimiento, por más ignorante que lo haya dejado la sociedad, por más poco favorecido que lo haya hecho la naturaleza, la fortuna ó sus semejantes; no hay un solo hombre, decimos, á quien en cierto momento de su terrenal existencia, no le haya acontecido presentarse esta cuestion grave, importantísima: «Mas ¿por qué está el hombre en la tierra? — ¿De dónde vino? — ¿Qué vino á hacer en este mundo? — Y al salir de este mundo, ¿á dónde va?» La respuesta á estas preguntas comprende toda la esencia, todo el destino del hombre; es la razon, es la explicacion de sí mismo: la respuesta, la solucion de estas cuestiones, es la ciencia, toda la ciencia indispensable. Ahora bien: la religion sola está en posesion de esta ciencia, de esta explicacion; y la presenta con todas las condiciones que supone nuestra naturaleza y nuestra situacion en este mundo.

Y en efecto; nuestro espíritu vive de verdad, busca esta verdad, corre en pos de ella, y la desea con incansable perseverancia. La necesidad de conocer, de saber, es el más invencible, á la par que el más imperioso anhelo, la más urgente necesidad de nuestra naturaleza. Pero la meditacion de nosotros mismos, en el círculo de las cosas que podemos conocer, no hay sin contradiccion, ninguna verdad que tan de cerca nos toque, que tan poderosamente nos interese como las verdades que se relacionan con nuestro destino, y, para

decirlo de una vez, con la Religión, «¿Hay un Dios, ó no lo hay? ¿Al salir de este mundo ¿nos aguarda otra vida sin fin, ó volvemos á caer en la nada? ¿Debemos un culto á Dios? ¿Cuál puede ser ese culto? ó bien ¿no exige de nosotros homenaje ninguno? ¿Habria en fin una religion verdadera? y en tal caso ¿qué es lo que tenemos que creer y practicar para nuestro bien y para nuestro verdadero descanso? Ó bien, ¿todo lo que se ha dicho y predicado, y predicado bajo ese nombre, no seria sino un efecto de la invencion del hombre, de sus miserias, de sus preocupaciones, de su educacion?» «Y en fin; Dios, muerte, inmortalidad del alma; paraíso, inferno; verdades todas gravísimas, terribles, de las cuales pende toda nuestra vida, ante las cuales todo hombre se ve forzado á detenerse, á ménos que no haya abjurado de su razon y de su conciencia, ¿no son pues sino vanos fantasmas para espantar los débiles y pusilánimes, y echarlos bajo la dominacion del sacerdocio?»

En tanto que el hombre, — y yo entiendo por tal al que piensa y sabe reflexionar, cualquiera otro no tiene derecho sino á lástima, no á examen ni discusion, — en tanto que el hombre, repito, no haya fijado su espíritu acerca de estas cuestiones importantes, no cesarán de preocuparle vivamente y de molestarle tenazmente la duda, la agitacion, el desasosiego. Ahora bien; esa razon de nosotros mismos debiéndonos mostrar necesariamente la verdad acerca de nuestro origen, acerca de nuestro fin postrero, ¿en dónde podrá encontrarla el hombre? en dónde, por consiguiente, dará con la explicacion de las verdades que más le interesan? Una de dos: Entre la razon y la religion, entre la ciencia de los hombres y la revelacion de Dios, entre la palabra del hombre, y la doctrina de la Iglesia de Jesucristo nuestro Señor, no hay medio posible para un espíritu capaz de comprender: con que para fijarse y detenerse en sus convicciones, el espíritu tiene que ir á preguntar ó á la ciencia humana ó á la Religión.

Pero tal es, en primer lugar, la conviccion que encuentra el cristiano en la Religión, tal es su confianza en las verdades que le enseña, que jamás las pone en duda: ó bien, le sucede eso tan solamente en aquellos penosos momentos en que las pasiones alborotadas quisieran arrastrarlo al mal. Pero semejante ese fenómeno á las nubes pasajeras que, de vez en cuando y por corto tiempo, nos ocultan los rayos bienhechores del sol, desaparece la duda, cesa la turbacion, cuando al pasarse, se muestra más brillante que ántes y más hermosa que en lo pasado la verdad religiosa. *Sol post nubila clarior.* La Iglesia habla al Cristiano; y el Cristiano cree: sabe esto que es la palabra

misma de Dios, que se le manifiesta por un conducto auténtico. La Religion, es verdad, presenta al Cristiano misterios impenetrables; pero al pasear sus miradas en derredor de sí, pregunta á los cielos, pregunta á la tierra, pregunta á la naturaleza, pregunta á sus semejantes, preguntábase á sí mismo; y acerca de la mayor parte de las cuestiones, todo le responde: ¡MISTERO! Como todo, aún en una muchedumbre de fenómenos de la naturaleza, le va llegando por *enigmas* y como en un espejo, — esto es, al través de la sombra, de la oscuridad, del velo, — aléjase de él entónces todo pensamiento, toda tendencia racional de rebelion: y no ve ya en los misterios religiosos sino una *prueba más* de su verdad, pues que el hombre no ha inventado jamás lo que no comprende. Y así es, que para el Cristiano, conocer, amar, servir á Dios, son tres verdades fundamentales que se lo resumen todo: y que fuera de esto no ve ya nada que sea digno de considerarse como verdaderamente importante para su principio y fin, y sobre todo, como necesario á su verdadera felicidad y naturaleza. Por esta razon, se presenta asiduamente al templo del Señor; escucha la palabra divina, ahiméntase de ella, y vive así de Dios: sabiendo todo cuanto debe saber y le importa saber, mirando al cielo con sosiego en el espíritu y satisfaccion en el alma, se dice á sí mismo: Allí, allí está mi descanso: aquí, destierro; allí, pátria. Ved en tan breves expresiones la religion acerca del problema del hombre: hé aquí el Cristiano.

2. Al lado de éste, ahora; y en paralelo con él, preguntemos á la ciencia humana, á la razon, y veamos si encuentra el hombre, ó puede encontrar en soluciones filosóficas y racionales, paz, descanso del espíritu, sosiego del alma, por medio de un conocimiento y explicacion suficiente de su destino. Aquí se me répresentan esos hombres de todos tiempos, de todas generaciones, de todos lugares, encorvados por las investigaciones de las ciencias, excudriñando desde siglos há los grandes misterios del hombre y de su destino. Hecho ha quedado su trabajo, y trabajo inmenso por cierto; pero ¿ha quedado todo resuelto? El espíritu ¿ha encontrado por fin en la ciencia su descanso, solucion final de todas las verdades religiosas?

La razon humana ¿ha podido reemplazar á la verdad católica? ¿han recibido por ventura una solucion nueva la destinacion del hombre, su naturaleza, su fin postrero? ¿Quién ha podido decir hasta ahora al hombre: «tú no vienes de Dios, tú no vas á Dios?» Hombres de la razon, Génios de la humanidad, Glorias del mundo, decidnos lo que sabeis acerca del hombre: nosotros, discípulos de Cristo, os presentamos nuestra fé; nuestra verdad nos la han trasmitido oscuros é

ignorantes pescadores: os la presentamos con su explicacion del hombre: os la presentamos con sus milagros, con la sangre de ilustres mártires; os la presentamos con su grandiosa y sublime unidad, con su majestuosa armonia, con su elevada civilizacion, con el respeto y bendicion de los pueblos, con la incontestable adhesion y veneracion de todos cuantos la han estudiado, conocido y comprendido. Os pedimos por favor nos mostréis vuestras obras; participadnos el resultado científico de vuestras investigaciones, enseñadnos vuestra profesion de Fé, vuestro *Credo*! Pero ¡ah! ¿quién no lo sabe? acerca de las cuestiones más importantes para el hombre, la razon no se ha entendido jamás consigo misma. La historia del género humano, bajo de este respecto, no es sino la historia de las contradicciones y de los errores de la humanidad.

Nó, nada hay más firme é incontestable en favor de nuestra fé que este fenómeno, y aquí se encuentra precisamente la demostracion más evidente de la necesidad de la religion para el espíritu. La filosofia, la razon, nos ha trasmitido millares de nombres entre sus adeptos, y ha colmado nuestras librerias de millares de volúmenes, y ¿para qué?... Para hacer conocer todas las contradicciones posibles en el espíritu humano; para decirnos que el hombre y su razon son impotentes para determinar el problema de nuestra destinacion. Quitad de nuestras bibliotecas el *pro* y el *contra* engendrados por la razon sobre la misma materia, y ¿qué quedará?... ¡Nada, nada! Por manera que ciego, incierto, vacilante, irresoluto, teniendo por última palabra, por recurso postrero la duda, la incertidumbre, errante por esta tierra como en una vasta cárcel cuyo término, causa, ni duracion no percibe..., hé aquí al sábio que cultiva solamente la razon..., hé aquí como la ciencia humana, tomada en su conjunto, resuelve y certifica las verdades que más nos interesan.

Háblase mucho, y con razon, de los errores del corazon; todos saben y repiten de memoria los males incalculables que ocasionan: pero ¿cuántas desgracias y desórdenes no han causado los errores del espíritu, el orgullo de un saber vano, los extravíos de la razon! ¿Y no tenemos muy sabido por la historia y por la experiencia propia, que la ciencia, separada de la religion, es guerra, es rebeldía? ¿No sabemos y conocemos muy bien, que es un metéoro, radiando todavía, si se quiere, pero que lanzado en el espacio amenaza á todos los que le ven, ruina, destruccion y muerte? Y efectivamente, aún hoy día entre nosotros, preguntad á los más adelantados en el saber, seguidlos en sus discursos y doctrinas, haceldes raciocinar, comparad sus pensamientos con sus obras: todo, todo, católicos, no es sino in-

certidumbre en su manera de ver. Van fluctuando á todo viento de doctrina, dice la Sagrada Escritura. Hoy creen una cosa, mañana la deshechan para adoptar otra; semejantes al mar furioso que estrella contra las orillas á cada instante nuevas olas: *Impii quasi mare furens quod quiescere non potest*. Tal es la imagen del hombre que anda por el camino de la razon buscando el problema de su destino.

San Agustín, en el libro de sus Confesiones, nos diseña en pocas palabras la impotencia de la razon humana, cuando hablando de sí mismo, ántes de haber encontrado el sosiego de su espíritu en su sumision al Evangelio, dice: «Iba pasando yo de secta en secta; ya me declaraba por una, ya por otra; y mi espíritu incierto, vacilante, irresoluto, no sabia á dónde detenerse.»

Desde este ilustre investigador de la verdad hasta nuestros dias, ¡cuántos ejemplos semejantes no nos han sido presentados en el mundo! ¡cuántas vueltas y conversiones á la religion, por la experiencia de la impotencia de la razon á satisfacer el espíritu del hombre! Pero aún más; ¡cuántas veces no hemos presenciado nosotros levantarse desde luego la razon y el ingenio hasta los cielos en las alas de la fé, y sostenidos por la mano providencial de la autoridad católica llenar de admiracion y entusiasmo, y luego, de improviso, rompiendo el freno tutelar de la sumision cristiana, volver á bajar á tierra y no dar á oír sinó exclamaciones sordas y lúgubres, tristes y lamentables, que espantan al oído, entristecen al alma, conmueven de lástima el corazón, llaman lágrimas, despues que en otro tiempo se habian acarreado con un arco de triunfo el respeto de admiracion de todos?

¡Declaracion penosísima, pero que nos vemos obligados á hacerla solemnemente aqui para quebrantar nuestro orgullo! Eso mismo nos prueba elocuentísimamente que la razon, que el Génio mismo, separados de la Religion, no son apénas sinó un fatídico privilegio de dañar á los hombres y engañarlos á *mansalva*. Así es como se realizan los divinos oráculos de la palabra eterna y el anatema lanzado por Dios contra la orgullosa razon, de que ella misma sea para sí su vergüenza y suplicio: *Jussisti, Domine, ut sit sibi poena omnis animus inordinatus*. ¡Pobre razon humana! admirable por las deducciones de la dialéctica, y que, sin embargo, no puede sacar ninguna conclusion! ¡Pobre razon! que niega con aliva palabra, y que desde Platon y Aristóteles, está repitiendo las cosas mismas en diferentes sistemas y términos. ¡Pobre razon! que pretende explicar por sí sola al hombre, que no sabe ni puede decirnos lo que es *tiempo*, lo que es

*espacio*, lo que es *vida*, ni aún lo que es *muerte*: que no sabe, que no puede decirnos lo que es *inteligencia*, lo que es *sentimiento*, como se une y estrecha el alma con el cuerpo! ¡Pobre razon! que ántes de pasar á hacer anatomia del alma, á penetrar en la esencia de Dios, y sondear en las profundidades del porvenir, haria mejor en enseñar lo que es la circulacion de la sangre, lo que es la respiracion! ¡Pobre razon, mil veces desventurada y mezquina razon! tú no has podido reemplazar el politeísmo, que te repugna justamente como la más miserable de las religiones! Esto es decirlo todo!

Católicos, á ménos que la fé no cante nuestro espíritu, se pasa la vida en creer y dudar, en dudar y creer; en querer persuadirse y no poder convencerse. Podrá conseguirse, despues de trabajos estudios, conocer todo lo que han pensado los demás, pero no se ignorará ménos lo que es menester pensar de sí mismo. Por manera que reducido el saber humano á su más simple expresion—si me es lícito hablar así—no es sinó una ignorancia fastuosa; y el edificio de la razon, un palacio que se va desplomando más y más. En este palacio cada cual quiere mudar y ordenar á su modo; pero, tanto y tanto, que se cae por una parte á medida que lo quieren levantar por otra, y acaba por sepultar en sus ruinas á todos cuantos han llevado un sillar para hacerlo.

Y aún la razon misma, es menester decirlo también, se apresura á abjurarse cuando la salud se debilita y la muerte se va avanzando. La conducta ordinaria de los discípulos de la razon en ese momento supremo, viene á hablar en tono más alto y decisivo que cuantas pruebas fuera necesario añadir. Numerosos ejemplos pudiera citar entre los filósofos de todos los siglos y particularmente en el último. Las palabras siguientes de *Montaigne* no son sinó la conclusion de los hechos que pudiera producir y citar: «Si hay hombres barto insensatos, dice este escritor, para hacer parada de irreligion, no los hay bastante fuertes para plantarla en sus conciencias. Una cosa es un dogma *seriamente digerido*, otra cosa son esas impresiones superficiales nacidas del orgullo, de la crápula, de un espíritu *arremangado*... Hombres por cierto miserables, se esfuerzan en ser peores de lo que son, se violentan por afectar un alma, una tranquilidad de espíritu que no es dable tener sinó en la Religion.»

No, no hay que dirigirse á la razon para lograr explicacion de las verdades que sean capaces de dar sosiego al espíritu. Oigamos á san Pablo, y os suplico retengais y mediteis estas palabras, que dicen más que muchos volúmenes: «El que no se acomode y tranquilice con la doctrina de Cristo nuestro Señor, siendo por ello esclavo del orgullo,

no sabe nada, sinó que ántes bien enloquece sobre vanas cuestiones y disputas de palabras, de donde se originan envidias, contiendas, blasfemias, siniestras sospechas, alteraciones de hombres de ánimo estragado, y privados de la luz de la verdad.» (I Timor, vi, 4 y sig.) Estas pocas palabras del Apóstol resumen todas las complicaciones de la ciencia humana, todas las afirmaciones de la razon: y si en nuestro siglo décimonono fuera menester elevar una estatua á la razon humana, nada habria más exacto y verdadero para grabar en ella como inscripcion que las palabras de san Pablo.

Es, pues, evidente que el hombre que se aleja de la Religion no tiene paz en su espíritu; continuamente entre dudas ó entre inconsecuencias cuando quiere raciocinar, continuamente vagando al capricho de su razon débil y vacilante, yace viviendo en conmocion y desasosiego. El cristiano, por el contrario, sometido á la fé, dócil á la doctrina y lecciones de la Iglesia, vive en el descanso de la fé, y esta fé la comunica toda ciencia. La Religion, revelándole su naturaleza, sus deberes y su destino, derrama en su alma la paz, que lleva consigo la felicidad. ¡Ojalá puedan grabarse en vuestras almas estas verdades, hermanos míos! hágalas fructificar el Señor, porque el que haya creído, nos dice nuestro divino Maestro, se salvará: y la salvacion, como sabeis, es la plenitud de todo bien en Dios, y por los siglos de los siglos. Amen.

## RELIGION

(LA)

ES NECESARIA AL CORAZON.

### II.

*Pax multa diligentibus legem tuam: et non est illis scandalum.*

Gozan de suma paz los amadores de tu Ley: sin que hallen tropiezo alguno.

(SALM. cxviii, 46.)

Amados hermanos míos: en la plática anterior hemos considerado la Religion como necesaria al espíritu del hombre, y hemos demos-

trado que solo ella nos puede hacer llegar al descanso y paz, explicando el *por qué* de nuestra destinacion en este mundo.

Continuando hoy éste mismo asunto, importantísimo á todas luces, es nuestro deber considerar la Religion en sus relaciones con el corazón del hombre; y á manera que os ha sido demostrado que esta Religion era necesaria para fijar nuestro espíritu, os será probado hoy, segun me prometo, que es tambien necesaria para satisfacer cumplidamente nuestro corazón, porque sola ella le dá paz, sosiego, y satisfaccion. A. M.

1. Nunca se habria preguntado tal vez el hombre por qué ha sido puesto en la tierra, si estuvieran perenne y continuamente satisfechas las tendencias de su naturaleza: pues que es muy natural que adormecida la conciencia, tranquilizada por una constante y perfecta armonia entre lo pendiente de sus deseos y el curso de las cosas humanas. Y en efecto, en el principio ó entrada en la vida, y á la vista de un mundo que parece contener cuanto concierne á nuestra dicha, nuestra alma se lanza altiva de ardor, esperanzas ó ilusiones. ¡Cuán placenteros son nuestros sueños, cuando el corazón tímido, ardiente, sincero, se abre á lejanas esperanzas!... ¡Cuán verdoroso y fresco aparece el camino de la vida... cuando se le va subiendo! ¡Dulce y sabrosa embriaguez, delirios seductores, fantasmas deleitables! ¡Ah! y cuán pronto desaparecereis cuando nuestro corazón haya venido á estrellarse contra las realidades de la existencia, cuando á impulsos del dolor todo salga de madre en el río de nuestra vida, como licor que se va derramando de un vaso quebrado!

Porque condicion es en la humana naturaleza, que no se cumpla ninguna de estas esperanzas. De entre tantos deseos, de entre tantas facultades que nos son inherentes, ninguna, ninguna queda cumplidamente satisfecha aquí abajo. Aún más: el mundo y todo cuanto nos rodea de tal suerte ha estado constituido, que es imposible llegar á un resultado semejante. Desde luego y al primer golpe de vista, todo parece haber de proporcionarnos goces y paz, y todo, todo acaba por ensangrentar nuestros pasos en el tránsito penoso de la vida. De suerte que nuestra alma en la tierra aspira sin cesar y con grande instancia hácia el bien, hácia una satisfaccion que implora, que vivamente anhela; y al tocar con sus manos cuanto á su paso encuentra en este mundo, se vuelve atrás cual si se viera engañada y vendida: busca y busca todavía; pero parece alejarsele más y más el bien por quien suspira. Por manera, que no dando continuamente sinó con reveses, incertidumbres, fatigas, ilusiones, nuestro corazón

espontáneamente impelido, se inclina como á pesar suyo hácia la esperanza del porvenir y la realizacion de sus deseos en otra existencia, de la cual no parece la actual presente sinó una penosa preparacion.

Para decirlo de una vez: nuestro corazon, no tan solo no encuentra lo que busca, sinó que se halla tan frecuentemente abrumado bajo el peso de la pena, y tan poco acostumbrado á los goces, que ni aún puede sobrellevar los extremos; y el dolor importuno está de tal modo de asiento cerca de nosotros, que viene constantemente á asomarse á todo cuanto nosotros llamamos placeres. En el momento primero de la satisfaccion de nuestros deseos, tenemos la presuncion,—yo dijera *candidez*,—de creernos dichosos. Pero si esta pretendida felicidad es de alguna duracion, muy pronto se marchita lo que tenia de encantador: la satisfaccion, cuando es repetida, nos deja aún más ansiosos de ella, y todo viene á resumirse en cansancio, dejadez, fastidio, disgusto. Semejantes á esas flores que cojemos por la mañana frescas y brillantes, y que se deshojan ántes del fin del día, así se pasan nuestros gozos.

Tal es el desenlace inevitable de todo lo humano: apénas alcanzada, la dicha tan esclusiva, tan ardentemente deseada, espanta al alma con su insuficiencia. En vano se azora en encontrar lo que habia soñado; ese esfuerzo mismo la enlacia y quita más el color: la felicidad no se juzga ya sinó como un sueño que pasó; sus promesas, un engaño brillante, pero tanto más doloroso. Y de tal modo, que nos vemos reducidos en nuestro lenguaje humano á llamar sábio, cuerdo al que ha cerrada su corazon á los goces de la tierra, y se ha hecho como insensible á ellos. El descanso en la tierra, la dicha para el corazon es, pues, una sombra, un fantasma, un delirio, un sueño: la vida es, pues, un engaño, es ménos una realidad que una esperanza; nuestros deseos, lazos, trampas dispuestas constantemente ante nuestros pasos. De donde resulta que respecto del corazon, el hombre tiene un importantísimo problema que resolver, el de su bienestar, ó el de su desgracia; lo que ha de hacer, ó lo que ha de evitar; lo que ha de amar ó lo que ha de aborrecer. Por esa razon, así como el espíritu tiene necesidad de un maestro para dirigirlo, el corazon tiene tambien necesidad de que se le dicte la eleccion de los objetos que ha de amar; es para él de la mayor importancia no confundir á éstos con aquéllos, que no merecen sinó repulsion ó indiferencia.

2. Ahora bien: la Religion sola puede enseñarnos á hacer esa difícil eleccion, ninguna otra cosa nos puede hacer conocer nuestros verdaderos intereses, ella sola posee la clave del enigma del hombre, ella sola tiene mision para nuestro porvenir. ¿Y qué es lo que nos

dice acerca de asunto tan trascendental? Oigámosla: «Vela, oh cristiano, constantemente sobre tí mismo, y sobre todo cuanto te rodea: numerosos son tus enemigos: al lado del bien que tí amas, se forjan ilusiones que engañan, decepciones terribles! Tus más generosos sentimientos te ocultan pasiones que seducen; y en el camino mismo de la virtud se encuentran abismos de perdicion; y si no quieres tí perecer, y si quieres vivir sosegado, feliz, pacífico, escucha docilmente mi voz.»—«No te olvides nunca de mirar en todo cuanto se acerca á tí el sello de la miseria, de la nada; pesa en la balanza de la verdad todas las vanidades de la figura de este mundo.—Poco te basta: tú no eres sinó un Viajero; no cargues con equipajes inútiles que embarazarán tu marcha, y te impedirán llegues al parador eterno tuyo.»—«Ama á Dios, practica la fé, observa su ley, haz que tu corazon muera á todo lo que no es sinó de un día; tus deseos son infinitos, nada de aquí abajo los puede contentar; nada criado los puede llenar; y no podrás encontrar tí en esto sinó desgracia, turbacion, espanto, muerte; porque tu corazon está hecho para Dios, y en Dios solo puedes hallar tu felicidad.»

Tal es el lenguaje de la Religion: tales las lecciones que nos dá; lecciones tan bellas, tan sentimentales, tan sublimes, que por do quiera y en todos tiempos han sido el objeto de la admiracion de los mismos que se resisten á conformarse con ellas. Y ¿no es cierto, amados hermanos míos, que encontráis vosotros en la Religion paz, descanso y dulzura para vuestro corazon? ¿No es tambien verdad, que los más afortunados instantes de vuestra vida han sido aquellos en que más unido y más consagrado ha estado vuestro corazon á la práctica de la Religion? Y en fin, ¿no es verdad, que vuestro espíritu sometido á la fé, que vuestro corazon observando la Ley santa, se hallan fijos, de pié firme en el gran problema de vuestro verdadero destino?

Ahora bien, cristianos fieles y creyentes, gozad en hora buena de todo vuestro bien, sabed apreciar toda la dicha de esta situacion, dejad á los hijos de la tierra que rayan corriendo á cansarse en pos de una felicidad, que se les desliza en el momento mismo que la creen tener. No digais, no: ¡Dichoso el pueblo que posee los tesoros de este mundo! sinó: ¡Feliz el que participa del Señor Dios nuestro: *Beatus populus cuius dominus, Deus ejus!* Tal vez en tiempo alguno se hayan mostrado los pueblos tan poco dóciles á la autoridad de la Religion como en el que alcanzamos. En tiempo ninguno, se confiesa ingenuamente,—y aún algunos se vanaglorian de esa triste confesion,—en tiempo ninguno, decimos, se ha desdenado más generalmente

lo que ella nos prescribe. El hombre, enteramente embrutecido por la tierra, no trabaja sino para ella, no vive sino para ella; fuerzas, salud, robustez, ciencia, ingenio, y á veces hasta las apariencias de virtud, se emplean como medios para alcanzar el bienestar material. Pero ¿qué se ha ganado? Este hecho solo es una demostracion rigurosa.

¿Están en paz? tienen satisfecho su corazon todos esos hombres que, léjos de Dios, se agitan en el polvo de este mundo? Tal vez no se hayan oido jamás tantas quejas, tantos suspiros, tantos murmullos. Un movimiento, una conmocion espantosa lo ha puesto todo en movimiento, desde que se ha predicado y como recibido el absurdo, de que es necesario hacerse aquí abajo tan dichoso como sea dable: una tempestad deshecha lo ha desencadenado todo en medio de la sociedad, y pesa sobre todos los corazones un hastio y malestar indefinible: todos, todos vuelan azorados en pos de goces materiales; se clama por todos lados: paz! felicidad! y nadie las disfruta. ¿Cuánto no se ha inventado para proporcionarse lo que se llama placer? Sin embargo, ved y examinad atentamente todas las clases, y notareis que todos los rostros se hallan marcados con yo no sé qué signo fatídico, y que no se ven ni oyen en la sociedad sino quejas, ayes, dolores, desconuelo. ¡Insensatos nosotros! No acabamos de comprender que hay un doble crimen en el alejamiento de la Religión: crimen en rechazar el beneficio de Dios, y crimen en cerrar los ojos á las enseñanzas de la experiencia, buscando nuestra felicidad en las promesas vanas del mundo.

«Todo lo vi, dice Salomon, y de todo gocé: nada hay que no me haya grangeado; y he visto que en medio de todo no se encuentra sino tristeza, disgusto, adicción.» *¿Y eso es todo?* decía Alejandro Magno, que habia extendido su poder á todas las extremidades del mundo conocido; *¿y eso es todo?* ¡Ah! ¡cuán gran vacío dejan las grandezas del mundo!—«Todo lo he sido, decía el emperador romano Alejandro Severo, salido del rango de simple soldado para sentarse en el trono de los Césares: todo lo he sido, y he visto que todo, todo no me sirve de nada.» Ved, católicos, en boca de un emperador la expresion más sincera que termina treinta años de trabajos y de ambicion venturosa. ¡Oh tierra! oh mundo! ¡así es como tratás á tus más favorecidos! Si, amados hermanos en el Señor, fuera de la Religión, por do quiera las mismas quejas, por do quiera el mismo lenguaje: la lista de las víctimas del mundo fuera sin duda alguna la nómina de cuantos han hecho gran papel en el mismo teatro del mundo. Recorred todas las condiciones, preguntad á todas las cla-

ses, todas viven en malestar de corazon. Muchos parecen, es verdad, venturosos, pero, semejantes á aquellos antiguos dioses que roian gusanos en los altares, el disgusto, el fastidio y desconuelo corren todas sus almas en secreto.

Ved pues aquí una conclusion que nadie puede recusar. Un corazon que se halla separado de la Religión no gozará jamás ni de sosiego, ni de satisfaccion, ni de contento asegurado. En donde falta religión no puede haber nada verdadero; jamás se han encontrado á un tiempo mismo los placeres de este mundo con los contentos del corazon. Toda alma constituida en alejamiento de la verdad religiosa, se halla en un penar continuo: gime, ansia, clama por la felicidad, y la felicidad no responde á sus ecos. Cansarise en vano en multiplicar azarosa sus goces materiales y aún espirituales en su sola esfera natural; beberá vanamente y con abundancia en la copa de los placeres: no hallará sino embriaguez desde luego, y despues remordimientos. Preguntad, sinó, á todos esos hombres alejados de Dios, *el por qué* de esa mortal tristeza que les consume y devora en ciertos momentos é intervalos; *el por qué* de ese malestar interior que los fastidia noche y dia, dia y noche; *el por qué* de ese disgusto, de esa sorda zozobra, de esa melancolla.—¿Qué les falta pues?—¡Ah! lo que les falta es eso que no puede darles nunca el mundo: la paz del corazon, que solo puede franquear nuestra santa y tierna madre la Religión.

«¡Ah! decía un filósofo mundano, escribiendo á uno de sus amigos: ¡ah! si los bienes de este mundo fuesen el camino que guia á la felicidad, pocos mortales hubieran dado con él con tanta facilidad como yo; y aún ninguno hubiera tenido mejor derecho de llamarse dichoso. Y bien, dispensame te pregunte, amigo mio; ¿has sido tan dichoso tú?» «Frecuentemente me lo he preguntado á mi mismo; y mi corazon me ha respondido siempre: ¡No! Yo no lo soy, ni lo fui jamás: los que desde la oscuridad en que viven, admiran el brillo de mi opulencia, la suntuosidad de mi alojamiento, mis placeres diarios sin interrupcion, me creen un hombre venturoso. Pero ¡ah! el artesano sosegado, que siente temblar su pavimento humilde al rápido ruido de mi coche, está muy léjos de pensar que yo soy cien veces más desgraciado que él.»

Volvamos ahora la vista, católicos, hácia un cristiano sometido sinceramente á la Religión: y ¿qué observamos? Cualquiera que sea su situacion vive sosegado, en calma y buena armonia consigo mismo y con los demás: vive en fin tan dichoso como permite Dios al hombre que lo pueda ser en este mundo. Ama, cree, adora, pásanse tranquilos y serenos sus dias, y espera sosegado el término de su

peregrinacion. «¡Sea bendito vuestro nombre, Dios y Señor mio, y hágase vuestra voluntad así en la tierra de mi corazon, como en el cielo de vuestra morada!» ¡Oracion placentera á la vez que sencilla! Ella sola es un bálsamo universal de vida y de alegría para sobrelevar gustosamente los dolores de la vida, y para el cristiano es la razon y explicacion de todo su enigma de hombre. Rebose su corazon en la esperanza, ó inflámase en el amor; y Dios le consuela de un modo tan tierno, que el sufrir por él es dulzura. Sabe cuanto tiene que saber, cuanto tiene que practicar; y la Religion, como una madre buena, compasiva, tierna, le tiende una mano para guiarlo, para sostenerlo en el áspero y tortuoso camino de la tierra; y con la otra le enseña el cielo, y se lo asegura.....

El cielo ¡ah! Haga el Señor Dios omnipotente que se grabe en vuestros corazones esta palabra como última palabra de este nuestro discurso. ¡El cielo! Hé aquí la última expresion de nosotros mismos: el término sacramental de nuestra vida. ¡El cielo! Feliz el que haya creído, más feliz aún el que haya practicado por haber creído: nuestras miserias serian cambiadas allí en gozo, nuestras tinieblas en luz, nuestro flaqueza en gloria, nuestros trabajos en descanso, nuestros combates del tiempo en triunfos de la eternidad. *Amen.*

## RELIGION.

(LA)

DEBE SER REVELADA.

III.

*Videte fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis.*

Mirad, hermanos, no haya en alguno de vosotros corazon maldado de incredulidad.

(Hebr. iii, 12.)

Colecado yo en este vasto universo, como un átomo imperceptible, que se abisma en la inmensidad, ó como una sombra que desaparece delante de quien la mira, no sé de donde vengo, ni á dónde voy. Pre-

gunto á los que me rodean, y unos hombres sin prohibid me dicen: todo tú vienes de la nada, y todo tú en breves dias serás nada. Pregunto á otros, en su exterior moderados, en sus costumbres virtuosos y en sus obligaciones exactos, y me responden: tu alma es inmortal, ella sobrevive á la muerte y corrupcion de tu cuerpo, y debe comparecer ante un Juez eterno, para ser premiada ó castigada segun sus virtudes ó desórdenes. Lleno de pavor y espanto al mirarme sumergido en esta terrible perplejidad, ¿á qué partido debo resolverme? Puede haber asunto para mí más interesante? ¡Luz increada! ¡iluminadme, para salir con felicidad de las tinieblas que me rodean. ¿Es verdad que hay una religion? ¿Cuál de tantas como ha visto el mundo, es la verdadera? Nada hay más importante, más útil, más necesario que la averiguacion de esta verdad. No es simplemente un piadoso movimiento de mi celo, no es una vana y escrupulosa delicadeza de mi conciencia: es el interés mayor que puede presentarse en todos los asuntos de la vida, el que me convida á instruirme en esta verdad. Que yo pierda mi empleo, mi hacienda, mis amigos, mi salud, mi libertad; que me vea perseguido, pobre, encarcelado ó enfermo; todo esto es de corta duracion, todo es transitorio y casi momentáneo; pero si hay una verdadera religion, que ofrece un premio eterno á la virtud y un castigo eterno al pecado, y yo no la sigo, ni vivo segun sus leyes, mi desgracia será irrevocable por todos los siglos. ¿Quién me conducirá á los venerables tabernáculos de esta verdad luminosa? La razon y la fé sobrenatural. La primera me llevará en sus brazos hastas las puertas del santuario, y besando humillada sus linteles, me entregará á la fé, para que me introduzca en sus misteriosos tabernáculos.

Preguntemos pues á la razon, y escuchemos su respuesta. Hay un Dios, me dice ésta, justo, eterno, sábio y omnipotente; debe haber, pues, una religion para darle culto; y si hay una religion, debe ser revelada. La razon habla y dice, que la existencia de un Dios demuestra la necesidad de una sola religion: primera verdad. La existencia de una sola y verdadera religion demuestra la necesidad de una revelacion divina: segunda verdad. La materia es importantísima; para tratarla cual conviene, pidamos la gracia. A. M.

1. Son irresistibles las pruebas de la existencia de Dios; de aquel Sér, principio de todo y fin de todo; de aquel Sér eterno en su duracion, omnipotente en su poder, sapientísimo en su inteligencia, perfectísimo en su santidad, justísimo en sus determinaciones, sin mezcla de vicio ni de imperfeccion y abismo inagotable de todas las

virtudes y perfecciones; de aquel Dios, de cuya existencia no puedo dudar, sino resistiendo con obstinación á las ideas más luminosas de mi recta razón. Yo existo, pero no existía un siglo ántes, y la razón me convence de que no hay en mí un poder para darme á mí propio la existencia. Lo mismo acontece á todos los hombres; luego todos han recibido su existencia de una primera causa, eterna, independiente, que existe por sí misma, y da la existencia á cuantas criaturas perciben nuestros sentidos. Si, amados cristianos míos; hay un Dios, y cuanto nos rodea lo demuestra. Los cielos publican su gloria y omnipotencia; la tierra se muestra enriquecida de sus dones; la belleza, la hermosura, la armonía, la fecundidad de la naturaleza presentan á mis ojos su magnificencia y adorables perfecciones. Si los efectos anuncian una causa; si el movimiento exige un primer motor; si los seres contingentes piden un principio de su existencia; si el orden y la simetría demuestran una inteligencia, que concibe, que compara, calcula y elige; ¿cómo podremos dudar de la existencia de un Creador, sabio y omnipotente, que cria y conserva todos los seres? La inercia de la materia, las sublimes operaciones de nuestro entendimiento, la libertad de nuestra voluntad, la serie de generaciones, el espectáculo del universo; ¿cómo á tantas luces reunidas se podrá resistir la ceguera del ateísmo. si es verdad que este monstruo realmente existe sobre la tierra? Si es imposible á un hombre negar la existencia del sol, cuya hermosa luz mira á sus ojos, y cuyo calor benéfico tocan todos sus sentidos, no es ménos imposible negar la existencia del Sol increado, Dios eterno, para el que usa con rectitud de su razón.

De la existencia pues de este Sér infinito en perfecciones, dimana necesariamente la idea de su soberanía y amor del orden; y de la unión de estas dos ideas dimana evidentemente la necesidad de un culto, y la necesidad de una ley. Ved ahí, carísimos, la religión. No perdamos de vista estos dos principios; sigámonos fielmente, y deduciremos las consecuencias más luminosas.

Acabo de decir, que de la idea de un Dios dimana necesariamente el concepto que nuestra alma forma de su soberanía, principio y fundamento de un culto, y primer constitutivo de una religión. Si hay un Dios, es menester concebir un poder sobre el hombre que es criatura de este Dios, de quien esencialmente depende en el ser, en el existir y en el obrar. Dios le crió para algún fin, y éste no puede ser otro que el mismo Dios, porque él es fin esencial de todas sus obras. De este dominio soberano de Dios y de esta esencial dependencia del hombre, dimana en éste la obligación de dirigir á aquél su corazón y

sus obras, su alma y su cuerpo, pues lo uno y lo otro lo ha recibido de su magnífico y omnipotente bienhechor. Luego, si el hombre no dá culto á Dios, es evidentemente cierto que hace vana é ilusoria su dependencia, pues que en ninguna función interna ni externa la manifiesta; es evidentemente verdadero que entónces se sustrae de la indispensable obligación que tiene de recurrir á Dios con algún culto y homenaje en señal de su dependencia. Dios, en cualidad de creador, tiene derecho innegable á la sumisión, al reconocimiento, á la confianza, á los respetos y al amor de su criatura: nada hay más natural, más justo y razonable, que el que exija un culto y una confesión de esta dependencia. El hombre, como criatura racional, ve y reconoce necesariamente en Dios, el autor de su sér, el árbitro de sus destinos, su bienhechor y su padre: ¿puede el entendimiento humano concebir una idea más natural y más justa que dar un culto de adoración al autor de su sér, de quien depende, al árbitro de sus destinos por su interés, á su bienhechor por reconocimiento, y á su padre por amor? Las relaciones de Dios con el hombre y del hombre con Dios, son los ilustres títulos que nos imponen la obligación de un culto, y dan razón de las instituciones religiosas, cuales son los sacrificios, las oraciones, los cánticos sagrados, las divinas alabanzas y los sentimientos de reconocimiento y amor que dirigimos al Omnipotente.

Aquí aparece ya la necesidad del culto interior y exterior porque confesamos nuestra dependencia y la soberanía de Dios. El culto interior, porque el hombre tiene un corazón y una alma espiritual, y la adoración, el amor, la confianza, la invocación, el reconocimiento, que constituyen el verdadero culto, dimanar del corazón y el espíritu; y el culto exterior, porque sostiene, alimenta, y manifiesta el culto interior, y porque es justo que la parte material del hombre, su cuerpo y sus sentidos contribuyan á glorificar á su Creador. He dicho con advertencia, que el culto exterior sostenía y alimentaba el culto interior, porque el hombre tiene necesidad de fijarse y variarse por los objetos sensibles. Resultaría inevitablemente una incertidumbre, una dislocada divagación de la mente y un extravío de la imaginación, si no se la fijase en algún piadoso objeto; y éste fastidiosa y se haría enojoso, si nunca se variase por algún otro objeto virtuoso. Ved ahí la necesidad de los sagrados cánticos, del solemne aparato de los augustos sacrificios, del majestuoso espectáculo de las ceremonias religiosas, de la modestia y recogimiento que acompañan á una actitud decente y respetuosa. Y todo esto ¿no contribuye poderosa y eficazmente á fijar la atención del espíritu, y á variar sus afectos para unir-

le virtuosamente con su Dios? ¿Quién puede dudarlo, si no ha perdido su razon? Tambien dije, que el culto exterior manifestaba y expresaba el interior. ¿Cómo podríamos sin él demostrar la uniformidad de nuestra Religion? ¿Cómo confesar que somos hermanos, que tenemos un mismo Padre en los cielos, y una misma fé en la tierra, con que le adoramos, bendecimos y glorificamos? Sin quemar incienso sobre sus altares, sin postrarnos en sus templos, sin publicar sus misericordias, sin darle públicas gracias por sus beneficios, sin pedir su proteccion en los apuros y necesidades, ¿cómo sostendríamos delante de los hombres nuestra religion? ¿cómo demostraríamos nuestra fé?

Dejamos demostrada la primera verdad: pasemos á la segunda, y veremos que de la existencia de Dios, dimana precisamente la idea que nosotros nos formamos del amor que tiene al órden, principio y fundamento de una ley, que es el segundo constitutivo de una religion. Hermanos míos, pensado bien. Un Dios, enemigo del órden ó indiferente por el órden, no podría ser más que un Dios ciego, que no conociese la perfeccion; ó un Dios malvado, que no quisiese lo que es esencialmente bueno; ó un Dios estúpido é indolente, que sumergido en una inercia letárgica, sin sabiduría ni providencia, entregase al hombre y aún á todo el universo á las ciegas leyes del acaso; ó seria un Dios absurdo é inconsequente, que estuviese en oposicion con su propia naturaleza, que debe ser el órden esencial y primitivo, y con sus propias obras, cuya existencia y conservacion exigen necesariamente el órden. Ved ahí unas consecuencias tan absurdas como necesarias, tan necesarias como contradictorias, que trastornan lo que establecen, y destruyen la existencia de Dios, que ellas suponen. Porque siendo Dios un sér infinitamente perfecto, precisamente ha de amar el órden, por ser este virtuoso amor una perfeccion que dimana del órden increado y eterno, que es el mismo Dios; y es imposible componer este amor del órden con entregar al hombre á los caprichos é inclinaciones de sus pasiones y apetitos, que ordinariamente se arriman al desórden; luego es preciso que Dios haya puesto limites y términos á los apetitos y pasiones del hombre; luego no todo es lícito al hombre; luego hay unas cosas lícitas y otras no; luego hay unas cosas buenas moralmente y otras malas; luego hay una ley eterna y necesaria, que aprueba las buenas y que prohíbe las malas. Si, cristianos míos muy amados; todo esto precioso encadenamiento de verdades es evidentemente verdadero. Existe pues una ley divina, que es dimanada del cielo; una ley anterior á las de todos los pueblos é imperios de la tierra; una ley eterna, inmutable, universal, que indiferentemente obliga al fuerte y al débil, al tirano que oprime y al

esclavo que es oprimido; que condena los delitos ocultos entre las oscuras tinieblas de la noche, y los crímenes públicos y escandalosos. De lo contrario, Dios habría faltado á lo que se debe á sí mismo y á lo que pertenece á las criaturas. Por lo que á sí pertenece, no habría provisto suficientemente á la conservacion y destino de los hombres, dejándolos sin las obligaciones mútuas y reciprocas que debían cumplir; y los hombres, nacidos para vivir en sociedad, como sus inclinaciones lo anuncian y sus necesidades lo demuestran, quedarían sin una luz, sin una regla, sin una ley que los uniese, que los conservase, y que de todas las órdenes del estado no formase más que una sola familia. En aboliendo esta divina ley, todas las leyes formadas por los hombres desaparecen, todos los derechos se confunden, todas las posesiones pertenecerían al primero que las invadiese. Si desterrais la ley divina, ninguna persona hay que tenga derecho á mandar; ninguna que esté obligada á obedecer; no habría desde entonces otra ley que la odiosa del que más puede; la licencia más desenfrenada no tendría otro freno que el antojo. La prohibida, la buena fé, la subordinacion, la fidelidad, todas las virtudes que forman y aseguran las sociedades, no serían más que quimeras y nombres vanos sin alguna significacion. Es menester confesar como una verdad evidentemente clara, que existe una ley eterna, anterior á todas las leyes humanas, fundamento de todas las leyes humanas, y que estaria condenando eternamente lo malo y aprobando lo bueno, aunque faltaran todas las leyes humanas.

Advertid pues, carísimos, como de la idea que formamos de Dios como soberano, dimana la necesidad de un culto, y de la del mismo Dios como amante del órden, dimana la necesidad de una ley. Ved aquí la religion: ved aquí demostrada la necesidad de una religion. Verdad sensible y luminosa, de que nos dan testimonio los deseos de nuestro corazon y las luces de nuestro entendimiento. Sí, señores; la idea de una religion es como ingénita en el hombre, nace con el hombre, es como el instinto natural del hombre. Dentro de nosotros mismos escuchamos una voz fuerte, que imperiosamente nos enseña la existencia de un Sér supremo, á quien debemos nuestros respetos; y ella misma nos dice, que aquel Sér eterno castiga el delito y premia la virtud; nos dice, que su brazo omnipotente nos amenaza, y su vista penetrante nos percibe entre las más oscuras tinieblas, como en el día más claro y más sereno. ¡Voz poderosa, que ni los esfuerzos del impío, ni el tumulto de las pasiones, ni la rebelion de los apetitos podrán jamás hacer callar! ¡Voz permanente! que se perpetúa de generacion en generacion por todas las edades del mundo! ¡Voz universal, voz general, que se hace oír desde el Oriente al Occidente, y

desde el Septentrion al Mediodia! En todos los pueblos, en todas las naciones, en todos los imperios, en todos los siglos, veo los hombres con alguna religion. Mientras hagan un rectó uso de su razon, jamás abandonarán esta idea, y el imperio de la religion no se acabará mientras no se acabe el imperio de la razon. Este es el clamor de la naturaleza; esto enseña constantemente á la generalidad de los hombres, sin que el ejemplo de un pequeño numero de estúpidos pueda hacer sospechoso el testimonio universal del género humano; como el ejemplo de un corto número de dementes no hace dudosos los principios generales del sentido comun. Decidme, ¿ dónde hallaremos regla segura de la verdad, si lo que la naturaleza dicta á todos los pueblos y en todas las edades, no es verdadero?

Desterremos lejos de nosotros las blasfemias escandalosas de los que han pretendido hacer de la religion una quimera vana ó un frivolo fantasma. ¿ En qué tinieblas de errores no se precipitaron aquellos ciegos, por cerrar obstinados los ojos de su razon á la demostracion de estas verdades! No hay religion, dicen con una boca blasfema y un corazon corrompido. Yo respondo: ¿ no hay religion? Luego no teneis otro temor que el de los hombres, ni otra esperanza que la vida presente, ni otro interés que el temporal, ni otro fin que hacer vuestro gusto; luego todo es licito, todo os es permitido; luego, si vuestro interés lo pide, nada importan las injusticias, las extorsiones, las traiciones, los robos, los asesinatos, con tal que nada tengais que temer de parte de los hombres: si os poneis á cubierto de la vista de los hombres, os quedaréis sin remordimiento de conciencia, aunque seais asesinos, ladrones, traidores é injustos. ¿ Podréis negarlo? Luego, si vuestro bien particular halla serle útil vender al amigo, deshonorar la mujer de vuestro hermano, derribar la autoridad legitima, trastornar la patria, inundar la tierra con la sangre de los hombres, con tal que las tinieblas ó la fuerza os aseguren la impunidad, nada malo hay en ser amigo infiel, hermano incestuoso, vasallo rebelde, mal ciudadano y tirano sanguinario y bárbaro. ¿ No hay religion? Luego lo mismo merece una esposa fiel que una mujer adúltera, un hijo humilde que un criado soberbio, un padre de los pobres que un opresor de la humanidad paciente, un avaro que un caritativo, un hombre de bien que un bribon, un virtuoso que un malvado, siempre que todas estas operaciones y otras innumerables, se hagan sin testigos que las delaten, y sin noticia de los juoces temporales que las castiguen. ¿ Pueden darse consecuencias más verdaderas, más claras, más naturales, más innegables, segun los principios de aquel abominable sistema? ¡ Oh Dios inmortal, en qué abismo de absurdos y de errores no

se despeña el hombre que niega ó abandona vuestra santa religion! ¿ Seais bendito eternamente por vuestras grandes misericordias! Vos nos enseñais que hay religion: el culto que nos prescribís, y la ley con que nos lo mandais, me lo demuestran, diciéndome al mismo tiempo, que esta religion es una sola.

Si, amados oyentes; la idea de Dios es evidentemente incompatible con la multiplicidad de religiones. Leamos los anales del mundo, extendamos la vista por todo el teatro del universo; ¿ qué nos enseñan las diferentes religiones que han reinado en él, ó que se practican en el dia? Vemos pueblos los más famosos en duracion, en artes y ciencias, pero divididos en diferentes cultos, que es justo examinar. Los unos erigian altares á la torpeza, al latrocinio, á la venganza, á la crueldad feroz y sanguinaria y á todos los vicios: ¡ asombroso extravio del corazon humano, y ceguedad espantosa de la razon! Ellos honraban la divinidad con infamias que deshonoraban la humanidad. Los otros derramaban en honor de sus dioses la sangre de sus huéspedes y de sus hijos, siendo bárbaros por celo y crueles por piedad. Estos se postraban religiosamente y ofrecian incienso á los broncees, á los mármoles, al oro, á la plata, al barro, á las plantas, á los animales, á los monstruos y á todo lo más vil de la naturaleza, negándose á su Autor. Aquellos, reconociendo un solo Dios, se dividian en sus opiniones sobre su naturaleza y operaciones, negando unos lo que afirmaban y establecian otros. Mánés decia, que habia dos principios eternos, uno del bien y otro del mal: Mahoma admite un solo principio y un solo Dios; pero un Dios ciego y sin poder, que somete á los hombres á las leyes insensatas de una ridicula fatalidad: Lutero, Calvino y sus sectarios, ni admiten los dos principios de Mánés, ni el fatalismo de Mahoma; pero, segun su doctrina, Dios es un tirano absurdo y bárbaro, que nos manda cosas imposibles, que nos compele al crimen, y nos castiga por haberle cometido. El católico, solo el cristiano católico, apostólico, romano, es el que abomina todos estos errores, y gloriosamente cree y confiesa, que Dios es uno y eterno, sábio y poderoso, misericordioso y justo, libre é independiente, fiel y verídico. El solo confiesa que Dios es todo lo que no es en las otras sectas, que por mal nombre se llaman religiones.

Establecidos estos principios, que son unos hechos constantes é indisputables, razonemos de esta manera: es evidente que entre estas religiones hubo varias deshonestas é infames; luego, Dios, que es la santidad por esencia, no pudo ser honrado con sus desórdenes y torpezas. Es evidente que otras de aquéllas fueron intumescias y bárbaras, y es imposible que siendo Dios la bondad esencial primitiva,

pueda ser honrado por parricidios y asesinatos. Es evidente que aquéllas eran absurdas é insensatas; y Dios, que es la sabiduría infinita, no puede ser honrado con absurdos y extravagancias. Es evidente que las otras se combaten mutuamente, y recíprocamente se destruyen; y Dios, que es la verdad eterna, la verdad pura, la verdad indefectible, no puede aprobar como verdad en una parte, lo que reprobaba en otra como mentira y falsedad: es imposible que mande en un pueblo como virtud, lo que condena y reprueba como vicio en otro. Luego es evidentemente cierto, que estas diferentes religiones no pueden venir de Dios, ni ser todas agradables á su divina Majestad. La razon de esto es evidentísima, porque yo tocó con todos mis sentidos, y veo con todas las potencias de mi alma, que Dios no puede estar en perpétua contradiccion consigo mismo, y que hacer á Dios autor ó aprobante de todas estas religiones, es hacerle un sér absurdo y extravagante, que mira caprichosamente una misma cosa, ya como verdad, ya como mentira, ya como un crimen y ya como virtud. Es sin duda evidente, que entre todas estas religiones no puede haber más que una, que sea verdadera y aprobada de Dios. La verdad, siendo una é indivisible, no puede hallarse al mismo tiempo en religiones contradictoriamente opuestas, pues no habiendo más que un Dios, no puede haber más que una sola regla de fé, que son las verdades y divinos misterios que nos ha manifestado su adorable Majestad; qué es la verdad por esencia; ni puede haber más que una regla de costumbres, que son las leyes y preceptos que nos ha intimado la voluntad eterna del que es la bondad suma. Evidentemente resulta de este prodigioso encadenamiento de verdades, que la multiplicidad de religiones es incompatible con la idea que tenemos de Dios; y hacerle autor de todas ellas, es lo mismo que atribuirle todos los vicios, todas las extravagancias, todas las contradicciones que en semejantes religiones ha visto y admirado el universo. Si no nos obstinamos en negar las evidencias, es menester confesar de buena fé, que hay un solo Dios y una sola religion, como lo dejamos demostrado. Réstanos hacer palpable, que esta única, sola y verdadera religion ha de ser precisamente revelada.

2. El hombre, en el estado presente de ceguedad y depravacion en que se halla, sea cual fuere la causa, no puede honrar á Dios, conocer su voluntad y unirsele por amor, sinó por dos medios, á saber, por la razon ó por revelacion; por la religion natural ó por la religion revelada. Debemos, pues, ante todas cosas, explicar estos términos. ¿Qué es religion natural? Es la voz de la naturaleza y de la razon, que nos intima la ley eterna, y nos enseña que hay un Dios, de quien

dependemos, y á quien debemos nuestros cultos religiosos. Llámase ley natural ó religion natural, porque la concebimos con solas las fuerzas de nuestra naturaleza ó de nuestra razon. Y qué es religion revelada? Son los oráculos dimanados inmediatamente de Dios; ó de otro modo: es la voz de la divinidad que habla y enseña al hombre con otra voz superior á la de la simple razon. Se llama revelacion, porque Dios se ha dignado manifestar las verdades que ella nos descubre y enseña. Determinadas las ideas de la religion natural y de la religion revelada, nos falta examinar, si la religion natural es suficiente para que el hombre cumpla sus obligaciones para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo, ó no lo es. Ved aquí, cristianos míos muy amados, todo el fondo de la cuestion. Si la religion natural es suficiente, no es menester religion revelada: si la religion natural no es bastante, resultará precisa y absolutamente necesaria la religion revelada; no hay eufugio. Si establezco pues irresistiblemente la insuficiencia de la primera, deixo invenciblemente probada la necesidad de la segunda.

Y desde luego pregunto: ¿cuál debe ser la religion digna de Dios y digna del hombre? ¿Será aquel monstruoso compuesto de infamias, extravagancias, contradicciones, furoros, ineptias y crueldades que nos ofreció el gentilismo, el mahometismo y otros fantasmas de religion, que han sido y son el oprobio, vergüenza y confusion del espíritu humano? No, ciertamente. La religion verdadera y legitima es un verdadero comercio entre el cielo y la tierra; es un medio, por el cual Dios se une al hombre, y el hombre se une á Dios, honrándole con homenajes virtuosos. Dios se une al hombre manifestándole su naturaleza y sus adorables atributos; y el hombre se une á Dios por el culto legitimo con que le adora: Dios se une al hombre manifestándole el camino por donde debe andar; y el hombre se une á Dios marchando por el camino que Dios le ha señalado: Dios se une al hombre por las promesas que le hace; y el hombre se une á Dios, cumpliendo las condiciones con que Dios se las ofrece: Dios se une al hombre por las gracias con que le previene y los beneficios que le hace; y el hombre se une á Dios por el tierno agradecimiento con que las conserva. Ved aquí la religion considerada en Dios que debe ser adorado, y en el hombre que debe adorarle. De esta idea sencilla, pero sólida é indubitable, se deducen evidentemente estas consecuencias: luego la religion es una regla. Es una luz que ilustra nuestro espíritu; es una regla que rectifica nuestro corazon. ¿Podrán negarse unas consecuencias tan sensibles y evidentemente verdaderas? Pues ahora yo añado, que si no hay una revelacion, está la religion natu-

ral tan lejos de ilustrar nuestro espíritu, que nos arroja y sumerge en las más oscuras tinieblas; y si no hay una revelacion, la religion, en vez de rectificar nuestro espíritu, nos conduce á los más deplorables extravíos. Dos principios, que bien probados, demostrarán la insuficiencia de la religion natural, y la necesidad absoluta y precisa de la revelacion.

Acabo de decir, y lo repito, que faltando la revelacion, la religion no haria más que sumergirnos en las más oscuras tinieblas sobre la divinidad, sobre el culto y la moral. Reflexionad que la religion, su conocimiento y su observancia, es de una necesidad indispensable para todos los hombres, para todos los estados, para todos los pueblos; es necesaria en los sencillos cultivadores del campo, y en los políticos más profundos; todos los hombres somos hijos de nuestro Padre celestial, todos tenemos obligacion de honrarle con nuestros cultos religiosos; todos debemos conocer y cumplir nuestras obligaciones para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros semejantes. Luego, si Dios no nos ha revelado estas tres obligaciones, ved ahí al hombre entregado á las perplejidades más horribles; ved ahí al hombre reducido á uno de estos dos extremos; á seguir una religion arbitraria, ó formarse un sistema de religion. Es inevitable esta formidable alternativa, si se niega la divina revelacion. Si él sigue una religion arbitraria, se expone á ofrecer á Dios un culto impuro ó insuficiente, á seguir una moral viciosa y criminal, y conformarse á una religion compuesta de vicios y extravagancias. Muchos siglos há que el mundo idolatra y el mahometano nos están dando una prueba harto sensible de esta verdad. Si el hombre trata de formar por sí mismo un sistema de religion, ¿cómo podrá realizar este proyecto la mayor parte de los hombres que habitan la superficie de la tierra, á quienes la falta de talentos, la turbulencia de las pasiones, la brevedad de la vida, la multitud y embarazo de los negocios, absolutamente se lo imposibilitan? Pero supongamos que haya unos pocos adornados de un génio feliz, de una vida desocupada y tranquila, que puedan entregarse á formar un plan de religion por medio de serias reflexiones y meditaciones profundas; si estos pocos no son alumbrados por la luz de la revelacion, ¿en qué laberintos no se enredarán, en qué abismos de tinieblas no se sumergirán sobre el culto, la moral y la divinidad? Bien claro lo vemos en aquellos ilustres ingenios de la antigüedad profana, que osaron formar sistemas de religion.

Confesémoslo de buena fé: sin la revelacion divina, la religion es imposible; pero con ella luego encontramos un camino corto y fácil,

un camino fecundo y universal, un camino seguro é infalible para conducir los hombres á lo verdadero y á lo honesto. Si, cristianos carísimos; la revelacion es un camino corto y fácil; ella nos dispensa de fatigarnos con profundas meditaciones y exámenes prolijos, de que no son capaces el mayor número de los hombres. Dios habla: ya no tenemos necesidad de otra cosa que de escucharle y creerle. Por este medio sabemos sin trabajo las ideas que debemos formar de la divinidad, el culto que debemos tributarle y las reglas de costumbres que debemos seguir. La revelacion es un camino fecundo y universal; hecho con todo el aparato de Majestad divina á una nacion entera y numerosa, consignando en libros auténticos y sagrados archivos su origen, comunicado sin alteracion á las generaciones siguientes, y entendido de todos, los grandes y los pequeños, los ritos y los pobres, los sábios y los ignorantes. La revelacion es un camino seguro é infalible; siguiéndola, nadie se extravía; caminando por ella, nadie se pierde: Dios ha formado ese camino, y Dios es el camino, la verdad y la vida. Los divinos oráculos no dejan lugar á la perplejidad ni á la duda: ellos son una luz que ilustra á todo hombre que habita en el mundo, y se deja sentir de todo racional. Por este camino hemos llegado á tener conocimientos más verdaderos, más justos y más sublimes de la divinidad, de la moral y del culto, que cuantos tuvieron los mayores sábios de la antigüedad pagana.

Advertid, cristianos míos, que no solo dije poco há, que sin revelacion la luz de la religion natural no solo no nos ilustraba, sino que nos cegaba, arrojándonos en las tinieblas de los errores y pecados, como habeis oído; tambien añadí, que sin ella la religion natural no solo no rectificaba nuestro corazon, sino que le extravíaba de lo honesto y virtuoso, y le arrastraba á los desórdenes más groseros. Ya sabeis que es un principio cierto é incontestable, que el hombre es formado para observar una religion. Pero de este principio conocido y confesado de todos, ¿qué horribles consecuencias no se han sacado, cuando privados los hombres del beneficio de la revelacion, han seguido solamente las débiles luces de la religion natural! ¿Qué horrores, qué atentados, qué infamias no consagrará una religion arbitraria y mal entendida! De esta voz, RELIGION NATURAL, mal entendida, han nacido las ilusiones del espíritu y la corrupcion del corazon. De esta voz, mal entendida, se vieron salir las culpables extravagancias de la idolatria, los monstruosos delirios de la metempsychosis, las rarezas de la magia, los delirios del sortilegio y las necedades de la supersticion. Esta voz, mal entendida, produjo los furores del fanatismo, los derramamientos de sangre humana para dar culto á los vanos si-

mulacros, y que los mismos padres, trasformados en unos bárbaros y crueles parricidas, ofreciesen sus hijos al ídolo Moloch en los tiempos antiguos; y ella misma, en los presentes dias, enseña á los infelices indios á sacrificar á los manos de un ilustre muerto sus esclavos y sus mujeres. Esta voz arbitraria y mal entendida, condujo á los romanos y á los griegos al extravío horrendo de trasformar los vicios en virtudes, erigiendo templos y levantando altares en medio de Roma, de Atenas y de Páfos, á la más brutal de las pasiones, la impureza. ¡Válgame Dios! hoy mismo, en nuestros mismos tiempos, esta voz mal entendida, precipita de error en error á esa tropa orgullosa de soberbios, ímpios y libertinos, en quienes se hallan tantas religiones como cabezas, y cuyos principios opuestos y contradictorios, no se uniforman sino para abrir la puerta á los vicios y aborrecer la verdadera religion. En suma, esta voz arbitraria y mal entendida, RELIGION NATURAL, dió ocasion á un famoso ímpio para imputar injustamente á la Religion los extravíos, los desórdenes y males que nacen del olvido de la revelacion. *Tantum religio potuit suadere malorum!*

Es pues menester confesar como una verdad cierta y constante, que la religion paramente natural no es una religion suficiente, sea que se la mire de parte de Dios, ó de parte del hombre. Ella es el fundamento de la religion; pero no es, ni puede ser todo el edificio; ella restringe el dominio y soberania de Dios, dispensando al hombre de la sumision y obediencia que debe á sus leyes y preceptos positivos; ella expone la sanidad de Dios á un culto impuro ó insuficiente, como tantos que se le han tributado con el más grosero error; ella ataca la sabiduria de Dios, que no le ha manifestado bastante claro su voluntad, segun se le figura; y ella misma abisma al hombre en las más oscuras tinieblas, le expone á los precipicios más funestos y le extravía por los desórdenes más deplorables.

Y si la religion puramente natural es insuficiente, como lo acabamos de oír, ¿qué será oscurecida y manchada con los vicios del ateísmo y deísmo? No, amados cristianos míos; la religion, si alguna tienen unos hombres tan ignorantes, no puede ser la religion que el cielo aprueba, por ser una religion que la razon condena. Llenos de horror y espanto al responderme. ¿Qué podremos pensar de una religion que no cuenta en todos los siglos más que un puñado de hombres esclavos de sus cuerpos y pasiones? ¿Qué nos pueden oponer á los millones de hombres virtuosos y santos que cuenta el cristianismo en los fastos de su historia, más que un cierto número de personas sujetas á los vicios por principios de su creencia y por inclinacion de su naturaleza? ¿hombres que se entregan á los desórdenes sin remor-

dimiento y sin susto, sin temor más que de la vista de los otros hombres? ¿Qué podremos pensar de los que niegan la existencia de Dios, la inmortalidad y espiritualidad de nuestras almas, la diferencia entre la virtud y el vicio, las recompensas del bueno y los castigos del malo? ¿Qué podremos pensar de los que se persuaden que la materia es capaz de pensar, y que los hombres no se diferencian en el ser que los anima, de los animales y las fieras? Y ¿qué diremos de los que confesando la existencia de Dios, le despojan de su providencia y justicia, formándose un Dios á su manera, sin recompensas y sin castigos? ¿un Dios que mira con indiferencia los crímenes más vergonzosos y las más heroicas virtudes? ¿un Dios, en cuya presencia es lo mismo ser malvado que justo? ¡Blastemos escandalosos! la razon reclama contra vuestros detestables principios. Un sentimiento natural é inextinguible los combate y los desmiente. El fundamento ruinoso sobre que levantai el sistema loco del fantasma de vuestra religion, se desmorona y deshace al primer encuentro de la sana razon. Tenemos demostrado, que la religion natural es insuficiente; que la revelacion es absolutamente necesaria; que Dios ha hablado á los hombres por otro modo más alto que por las luces de la razon, y que hay una religion revelada. Pruebas sólidas é irrefragables, que solo podrán negar, ó dudar de su solidez los que se obstinan en cerrar los ojos de su entendimiento para no ver la verdad.

Sin embargo, ¡gran Dios! qué poco servirá que yo hable al entendimiento, si vos no hablais al corazon! La elocuencia humana, segun el dicho de vuestro apóstol Pablo, no es más que voz sonora de una campana bien fundida. La razon puede probar y establecer la necesidad de una revelacion; pero solo vuestra divina gracia puede someter á la revelacion nuestros espíritus y nuestros corazones. Imprimid, Dios de misericordia, fijad profundamente en nuestra alma estas dos importantísimas verdades: la necesidad de una religion, y la necesidad de una revelacion; y seremos inmediatamente discipulos de la religion verdadera. Si, cristianos míos muy amados, seamos dóciles á los dogmas de nuestra santa religion, fieles á sus leyes, religiosos en sus templos, frecuentes en la participacion de sus adorables sacramentos, y continuos en la asistencia de sus venerables sacrificios. Manifestemos con las obras la pureza de sus mandatos, viviendo humildes, laboriosos, modestos, benignos, afables, bienhechores y caritativos. Busquemos en todas nuestras operaciones la mayor gloria del Señor, la utilidad espiritual de nuestros prójimos y nuestra propia santificacion. La paz y la dulzura habitarán en nuestros corazones, y amables á Dios y á los hombres, pasaremos tranquilamente nuestra

peregrinacion sobre la tierra, y seremos colocados despues, en premio de nuestras virtudes, en las puras y eternas delicias de la gloria. Amen.

## RELIGION PRÁCTICA.

*Deum time, et mandata ejus observa: hoc est enim omnis homo.*

Teme á Dios, y guarda sus mandamientos: porque esto es el todo del hombre.

(Ecc. xii, 13.)

La religion del corazon es sin duda la primera y la mejor de las afecciones del alma: no hay nadie que quiera excluir la presencia, disputar la dulzura de ella. Justamente pues, se consagrará el más magnífico lenguaje para celebrar las aspiraciones del alma hácia el Dios que la ha criado, que la atrae á su amor y quiere unirle á su beatitud infinita. Todos los sentimientos elevados, generosos y sinceros del hombre se reúnen y forman una alianza que parece natural con el sentimiento religioso. El génio, en los días, en las horas de su mayor expansion, encontrará en su grandeza y en su gloria el más solemne, el más bello testimonio de esa aspiracion religiosa, que es en el fondo la parte más poderosa y más fecunda de la vida de la humanidad. Bien; pero eso no basta.

¿Seria pues posible, que en el número de los hábitos aceptados y justificados por hombres graves, debiéramos colocar, aprobándolo, el de una vida que sigue su curso sin ninguna religion verdaderamente práctica? No, sin duda alguna.

Sin embargo, ¿qué presenta el mundo á nuestras miradas, en medio de consuelos cuyo poder no pretendo de ningun modo debilitar, aún despues de los dias bendecidos que acaban de pasar?

Es menester confesarlo; hombres, depositarios de los destinos de la sociedad, ó á lo ménos de la familia, nos ofrecerán el espectáculo de una existencia que no se vé animada por ninguna expresion práctica de creencia y de culto; la religion está ausente de su vida; su

lenguaje no les es conocido; ellos no sienten sus inspiraciones, ó no las aceptan; sus relaciones, sus alianzas, sus actos no aparecen á los ojos que los buscan. El más animoso esfuerzo de caridad puede solo llegar á suponer, que aún sobrevive el pensamiento religioso en tales almas; pero que dormita inerte, estéril, oculto bajo las espesas nubes de la ilusion.

Pero respecto de nosotros, que sentimos la fé vivificante dentro de nuestros pechos, nosotros reconocemos su necesidad y buscamos su apoyo; nosotros, que ni siquiera concebimos el estado de un alma sin el acto de la vida práctica de la religion, nosotros no podemos pasar, viajeros descuidados é indiferentes, al través de esta patria terrestre, sin deplorar ese mal inmenso, esos ataques crueles de una muerte que deshereda toda esperanza. Nosotros debemos sondear sin temor las profundidades de ese sepulcro que queda abierto para un crecido número, de ese sepulcro, donde caen los bienes de la inteligencia, los del corazon y la virtud con las acciones más heroicas y más puras. Nuestra voz, animándose con todo el impulso de la verdad que se ama, y del celo que se siente por las almas, debe prevenir á las generaciones perezosas ó extraviadas, á fin de hacer resonar en sus oídos la hora del despertar y del arrepentimiento.

En el momento que nos reunimos en esta santa casa, cumplo con esta mision; y yo quiero fortalecer á los unos, ilustrar á los otros, si es posible; quiero decir, con toda la energía de mis convicciones, que la religion debe ser práctica para todos, es decir, expresada por actos, por el culto y por la fidelidad exterior tanto como interior de toda la vida. Imploremos primero los auxilios necesarios: A. M.

4. La religion encierra en su seno condiciones y caracteres inseparables de su naturaleza. Estas condiciones, estos caracteres constitutivos y conservadores de la religion misma, la demuestran, la hacen necesariamente práctica; de suerte, que una religion especulativa, una religion puramente intelectual y de sentimiento, es una quimera sin realidad, un sueño como otro cualquiera, una decepcion funesta y lamentable. Hé aquí con este motivo dos principios que recomiendo á vuestra particular atencion.

El hombre es esencialmente el sér activo y práctico; la religion hecha para el hombre es tambien esencialmente práctica; ésta no podria consistir únicamente en una simple teoria, en una sensibilidad vaga y estéril. La sociedad humana vive con una vida práctica expresada por instituciones y por actos; la religion, fundamento y sancion de la vida social y de la civilization, debe ser necesariamente